

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7.50 id. La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor, 46.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.—Berlin, Rudolf Mosse, Jerusalem Strasse, 46 49.—La correspondencia al Administrador.

EXTRAVÍOS PELIGROSOS

Los sucesos de Melilla, dan á los periódicos que se dicen enemigos de la guerra, ocasión para plantear de nuevo el problema de si nos conviene ó no nos conviene continuar en el Rif.

El problema es completamente extemporáneo. En realidad, ni siquiera es problema: semejante pregunta sólo puede ocurrirse á los que piensan ó tienen interés en hacer creer á determinados elementos que la guerra es un capricho del Gobierno y que á ella se va con evidente desprecio de los verdaderos intereses del país. ¿Es necesario demostrar lo absurdo de tales proposiciones?

Ciertamente que no. La prudencia con que en esa cuestión está procediendo el Gobierno, demuestra hasta qué punto el Sr. Canalejas y sus Ministros están penetrados de los inconvenientes que una nueva campaña en el Rif puede tener, pero el conocimiento de esos peligros no puede bastar para hacer invisibles los riesgos que de un abandono de nuestros derechos y nuestros deberes en África podrían resultar.

Medir la conveniencia ó la inconveniencia de una campaña en el Rif por los productos que pueda darnos el terreno que pisan nuestros soldados es adoptar una unidad de medida carente de su primera condición esencial: la homogeneidad. Lo que nosotros defendemos en África, y esto no es lícito que nadie fluya ignorarlo, es algo más que la posesión de unas cuantas hectáreas de tierras más ó menos productivas: es algo que toca muy de cerca á nuestro rango entre las naciones, y que, por consiguiente, tiene un valor incalculablemente mayor que las tierras todas del Rif, aun suponiendo que fuesen las más aptas para el mejor y más productivo de los cultivos.

Es necesario ver las cosas desde mayor altura y con más amplitud de miras, y es necesario al mismo tiempo percatarse de que ninguna de las naciones que emprenden campañas semejantes, lo hacen por conquistar unas cuantas avanzadas de tierras baldías para convertirlos en huerta.

Son, pues, absurdas las campañas que se hacen con esos argumentos; pero además son peligrosas: si las campañas revolucionarias son alguna

vez lícitas, no será ciertamente con ocasiones como las que tan equivocadamente pretenden utilizar los que blasfeman de radicales.

Afortunadamente, esas propagandas no encuentran el eco que algunos pretenderían; las gentes se dan cuenta exacta de la realidad y saben medir la necesidad de la campaña con las unidades apropiadas para ese fin patriótico.

UNA FUGA

Madrid 20 9 m.

Telegrafían de Córdoba que ha desaparecido el jefe del negociado de la Comisión mixta de reclutamiento de esta Diputación.

Lo han denunciado los padres de varios mozos que los había declarado inútiles, á pesar de declararlos soldados útiles la Comisión mixta.

LOS SERIOS

Hay individuos más fúnebres que las funerarias, y más graves que los sucesos de Marruecos.

Conozco á un exdiputado (provincia), último Sr. que para hablar pone los ojos en blanco, ó los eleva hasta las cejas ó los hunde hasta el cuello. Perora despacio, con énfasis y prosopopeya, prolonga las vocales y tritura las consonantes, y se deja caer con párrafos voluminosos, repletos de adjetivos rimbombantes, citas rebuscadas y perifrasis huecas.

Anoche le oí disputar en el círculo de su partido, y se escuchaba con deleite, mal reprimido, y se relamía con regodeo preconcebido.

—Señores, señorees míos,—declaraba con toda solemnidad y aparato.—Canalejas no se quiere bien. Así nooo es posible subsistir. La cosa es de suyo tan goooda, que, ó se atiende á los hombres de oden, por ser de justicia que espeeeramos, ó no sé á dónde nos llevará la omnimoda influencia del desaliento.

Su voz gruesa, opaca, sin graduaciones, sin cambios bruscos, parecía el tándido pausado, lento, ceremonioso, de una campaña enorme, panzuda, altisonante.

Los oyentes, dominados por el timbre oscuro é imponente de fatidioso instrumento, abrían la boca y los ojos, á medida que el prócer desahogaba el vapor penosamente condensado; y al

Galante

En éxtasis de artista, sentada ante el piano, destacase tu busto de regia gentileza...
Incendia el Sol en oro tu mágica cabeza
y baña en luz la nácar rosada de tu mano.

Yo, junto á ti, recito el soneto más galano
de un libro de Dario de lírica belleza,
y brota del piano con lánguida pereza
la dulce melodía de un vals lento y pagano.

...¡Galante es el momento... ¡Galante es la poesía
que rima con las notas en triunfos de armonía
como un gemir de almas que vibran de emoción...

...¡Y, trémulos, mis labios, sobre tu casta sien
ponen, como epílogo á los versos de Rubén,
un beso, que florece sobre tu corazón!...

Esteban Satorres

Cartagena.

concluir la fatigosa perorata, los más afines le cercaban desumbrados, estrechándole, conmovidos y furtivamente, la sudorosa diestra, y el conferenciante, distraído y desdénso, se tendía con indolencia musulmana, en un mulido diván de terciopelo verde botella, murmurando entre dientes:

—¡No es para tanto, Señorees, ¡no es para tanto!

—¡Qué bien lo hace V., D. Aquilini!

—La práctica es la madre de la perfección, según apoteigma de Tertuliano.

—Es lástima que un personaje tan serio y conspicuo, ni siquiera haya llegado á Gobernador Civil,—se airevía á insinuar en el corrillo de la derecha un ganapán político, de los de última fila.

—No creas, López, que otros han llegado con menos méritos,—apostaba un barbilindo que aprende el esperanto sin maestro.

—¡Parece mentira que el Gobierno no le haya concedido alguna gran cruz por sus excelentes servicios!—exponían un escultelista, que ostenta las medallas de la juras, de la regencia y de la campaña de Filipinas.

—Señores, no se preocupen ustedes de mi insignificancia. Yo no he prosperado porque me falta la mosca.

—Dejéla V. crecer,—interrumpía un Rigoletto feminista que se dedica á hacer chistes con pié forzado.

—Es preciso tenerla de nacimiento,

como el Excmo. Señor que nos preside,—replica un republicano en quiebra, maestría por agradecimientos.

Dejemos á los *repulistas* defensores de la tradición y de los perros, y detengámonos un instante en el Centro instructivo federal-bitoral-comutativo-socialista.

Un ciudadano alto, seco, huesudo, apostólico, despliega los encendidos labios ante tres ó cuatro incondicionales, que le miran ávidos y se le aproximan humildes y le rodean fevorosos.

—No es de hoy,—musita la esfinge—ni de ayer, la cuestión social. (Pausa. Garraespico. El oráculo fantasea en tono casi imperceptible.) Pero es de hoy y más que de hoy, debo decir que es de la hora de ahora, la dignificación del obrero manual. (Nuevo descanso. El imposible se repliega, distrae su lúgubre mirada en el espacio y reanuda perezosamente la tarea lacrimosa.) Y en realidad, de verdad, nada hay tan sublime como el trabajador en plena actividad. Reconcéntrémonos. (Otro oasis, y continúa la marcha de la caravana por el desierto.)

El público no se electriza, ni se emociona con la palabra de plomo de este campeón impenetrable. Arrojado por la sibilina, queda suspendido, ensimismado, y al final de la elocución, el silencio revela el pasmo de los catecúmenos.

Más asquibiles y divertidos con los oradores fogosos, tribunicios, exaltados,

que toman en serio el argumento de la obra, y se arrancan desde los miedos del escenario con esta proclama sugestiva.

—Este Gobierno no tiene vergüenza... política. La misma tenía el anterior, y además era sanguinaria como los chacales y brutal como los toros padres. Hablo en el terreno filosófico; no en el personal y coercitivo....

—Esbirros de un poder caduco; podéis ahogarme, pisotearme, y desolarme, pero muerto ó vivo, abriré la boca para gritar: ¡Miserables canallas, granujas!

El público se desboca; algunos cincinatos abrazan al energúmeno, y éste duerme en la cárcel, entre el Enaguistas chico, y el clico de los Palotes.

Los hombres serios son la delicia del género humano.

Mirad ese jefe imperturbable, que avanza rígido, entero, como si fuese de una pieza.

—Oiga V., Martínez, esta minuta no me suena: tres diputados seguidos son insoportables.

—Se me han escapado involuntariamente.

—Pula, pula el estilo, hasta que sea suelto, fácil y sonoro. Los párrafos largos suelen molestar en verano.

V los aficionados serios? allí va un ejemplar de la especie laurófila.

—Vicente Pastor se come crudo á Machaquillo en cuanto yo le digo: Metélo en el bolsillo, chico.

A. B. C.

Francia y Alemania

Madrid 20 9 m.

Dicen de Berlín, que el embajador francés y el ministro de Negocios han celebrado una nueva conferencia guardando reserva sobre lo tratado.

Los *pourparlers* marchan satisfactoriamente.

Necrología

A las nueve y media de la mañana de hoy ha sido trasladado al cementerio de Nuestra Señora de Los Remedios el cadáver de la virtuosa señora D.ª Carolina de la Serna y Entrecanales viuda de Martínez de Gálinsoga.

El numeroso y distinguido acompañamiento que seguía tras el féretro ponía bien de manifiesto las simpatías que en vida supo captarse la finada.

El clero con cruz alzada formaba parte del fúnebre cortejo, y en la presidencia iban los señores D. José Maestre, D. Angel Moreno, D. Emilio Peláez, D. Luis Angosto, D. Ramón Laymón, D. Eduardo Pico, D. Serapio Ros, D. José Gómez Cánovas, y otros que no recordamos.

Reiteramos á la afligida familia de la que ha pasado á mejor vida nuestro más sentido pésame muy especialmente á su hijo D. José entrañable amigo nuestro y á los no menos queridos hijos de la finada D. Francisco, D. Luis y D. Ginés.

PERFILES CÓMICOS

¡No hay crisis!

—¡No hay crisis! El Presidente, con una alegría inmensa, á los chicos de la Prensa se lo dijo amablemente.

Desarrugó el entrecejo, —que es en él signo enigmático, el ilustre y democrático Presidente del Consejo,

y sin dar breve reposo á su gran verbosidad, con esa facilidad de su verbo potentoso,

ha dicho á los reporteros que son falsos los rumores, y ni hay de crisis temores, ni existen tales carneros.

Que en la dorada poltrona nuevamente se allanza, pues cuenta con la confianza completa de la Corona,

y seguirá gobernando el otoño y el invierno; afirmando que el Gobierno está vivo... y coleando.

Que en los momentos actuales no hay para crisis razones; que ha de hacer las elecciones futuras de concejales; que hará también una honrosa paz en el Rif, rapidísima, y nos hará la... la santísima, por no decir otra cosa;

¡No hay crisis! Va lo preguntó feliz á tambor batiente

la democrática gente que un himno triunfal entona; y, ya libre de temores, los demócratas se engriegen y, satisfechos, se rien de los peces de colores,

Canalejas sigue impávido su rumbo seguro y lento, que él está de gloria hambriento

—Echar por esa boca, que ya os escucho, señor hidalgo, dijo la vieja entusiasmada al contacto del oro.
—Has de saber que estoy enamorado como un loco.
—Lo creo, señor galán, pero lo que me extraña es que haya una mujer que se os resista.
—¿Y quién te dice que sea esquivia?
—Entonces no os comprendo.
—La mujer á quien amo me quiere con delirio y sin embargo no puedo hacerla mía.
—¿Se opondrá su familia?
—No la tiene.
—¿Es monja?
—No, esclava.
—¿Y no podéis hacerla vuestra?
—No por eso vengo aquí.
—¿Querrán mucho por ella?
—Me sobra el oro: puedo comprar cuantos esclavos tiene el rey.
—Comprado; se negará su amo, que la querrá cual vos; en tal caso robadla.
—Otro se ha anticipado. Al robar á la esclava me han destrozado el corazón. Si consistiera en el dinero...
—Esperad,—le interrumpió la bruja.—¿Cuándo fué el robo de la esclava?

sión y cobardía. Entre aquellos dos réres debía mediar un lazo misterioso probablemente un crimen y la ladina vieja había envuelto en las rdes de su astucia á aquel ser desgraciado y miserable.
Pues bien, te lo suplico,—dijo,—te lo ruego por el cariño que me tienes. Aunque sea poco, dame algún dinero; tú no puedes ni tan siquiera pensar lo que es la sed.
—Toma, borracho, acabará por arruinarme,—le dijo Ceferina dándole un real de á ocho,—no puedo darte más.
—Pero esto es poco, Ceferina; ¿qué quieres que haga yo con este mísero real?
—Pues si es poco, trabaja.
—¿Y en qué he de trabajar? Yo no sé más que herir y ya hace mucho tiempo que las gentes se entienden y anda mal el oficio; nada me cae que hacer.
—Pero tú eres astuto y puedes explotar tu astucia.
—¿De qué me serviría la astucia?
—Yo puedo utilizarla y ganará para los dos.
—¿Estás dispuesto á obedecerme?
—¿Que si lo estoy? ¡Pardiez; enséñame el camino y ya verás cuán lejos voy; me perderé de vista si te empeñas.
—Pero no para mí, moreno mío,—le dijo la as

he de perder este tesoro por Estrella? No, pardiez, pues aunque temo á ese demonio, explotaré á los dos, que astucia tengo para hacerla y en otros llos de más peligro he puesto mano y me han salido bien.
Y siguió murmurando hasta que oyó un silvido que la hizo enderezarse con presteza.
—¿A qué vendrá tan tarde?—murmuró,—no le esperaba ya.
Apresuróse Ceferina á abrir su madriguera, y apareció en el marco de la puerta un horrible mulato de treinta á treinta y cuatro años.
—¿Cómo vienes tan tarde?—preguntó la vieja con gajmoñería.—¿qué te se ofrece pues?
—Quiero dinero, vengo á que me lo des; ¿me has entendido, Ceferina?
—Pero demonio, que tú eres, ¿ya has derrochado el que te di?
—Nada me queda ya; ¡era tan poca cosa! ¡Te has vuelto tan tacaño, tan miserable, tan avaro!
—Más lo he de ser contigo en adelante.
—Ceferina, dame algo por la buena: te lo aconsejo por tu bien...
—¿Y me amenaza el don bellado? ¿Te has olvidado ya de lo que puedo hacer, de lo que soy capaz de hacer contigo?
Aquél feroz mulato inclinó la cabeza con sumi-